

De vieja vas a a morir

Alvaro Amaya



Capítulo 1

De vieja vas a morir

Cuento

- Vos vas a morir de vieja -, me dijo la Romelia cuando le conté que José me había dicho que me quería y que después loco y arrebatado, se me había echado encima, me había besado en la boca y que me había quedado quieta y sin decirle nada.

La Romelia sabía que lo quería como amigo, que me caía bien y nada más pero lo que nunca entendió, es que no todos desmenuzamos lo que pasa a la misma velocidad. A mí las emociones me llegan tarde, no soy como otros que primero brincan y hasta después entienden.

- Lo hubieras puesto en su lugar por abusivo me dijo -, pero yo solo reí recordando su cara perdida en la confusión, porque todo el valor que había logrado juntar para hacerse el machito, se le había ido a la mierda cuando lo quedé viendo serio y sin decirle nada. Se había cagado, su arrojo había reventado como una burbuja que no le había servido para nada.

- Es que vos no te alterás por nada, solo pensás y nunca hablás, otra se habría encabronado y le habría dado su tortazo -, me dijo entre regañona y divertida.

Después de eso José nunca dejó de ser mi amigo pero la amistad subió al escalón de cómplices que comparten un secreto del que nunca volverán a hablar. Las pocas veces que nos veíamos, un brillo de mirada nos adivinaba la sonrisa que nunca terminaba de cuajar. Quién sabe si ya se murió, como no tengo a nadie para preguntarle, nadie me ha vuelto a decir nada de él. Tal vez no lo veo porque no quiero pensar mucho en él, como me pasa con la Romelia que es un recuerdo siempre presente.

Cuando platico con ella, otras gentes de ese entonces se aparecen, algunas se quedan y me gusta hablar con todos ellos porque me llenan el silencio. De joven no sabía de soledad y le tenía miedo porque la creía dolor, pero hace años que vivo sola y no refunfuño por eso, al contrario, puedo enterrarme en ella y disfrutarla sin darme cuenta de nada más.

Mis hijos vienen y sin que yo entienda nada, me cuentan de lo que pasa afuera o preguntan qué haría yo con las cosas que ellos viven, me hablan de gente que no conozco y no tengo de dónde agarrar juicios para poder responderles algo. Creo que antes, algo entendía de cómo o por qué las cosas pasan pero mi tiempo de consejos o de defender lo que pienso, hace ratos terminó. Siempre me preguntaban detalles sobre lo que todos

los días hacía para no morirme pero hace tiempo perdieron ese interés. Tanto lo preguntaron que lo agotaron y ahora se sienten ridículos cuando lo hacen.

- Pero habláles vos -, me dice la Romelia, - Seguíles la corriente -.

Con ellos es como estar en otro país y con otro idioma que uno no entiende. Les veo la cara triste porque creen que sufro o que estoy loca pero yo también los veo viejos y cansados. A veces pienso que si no es interesante lo que viven, nada les quedará para cuando sean más viejos y estén solos como yo, porque no van a tener nada que querer recordar para llenar sus días con algo.

- Está lloviendo -, dijo la Romelia.

Vi hacia la ventana y no había sol. Todo está opaco, turbio, neblinoso. Hay veces que a la Romelia la veo sólida como si hubiera dejado de ser recuerdo pero me pasa lo mismo con todo, tengo aprendido lo que me rodea y no necesito ver las cosas para alcanzarlas con las manos porque sé dónde están o para caminar entre los muebles de la casa. Por sus olores sé que las plantas del jardín están florecidas y que están crecidas lo sé porque reducen la luz de adentro y

mis hijos creen que realmente las veo cuando les pido que las recorten.

Sé cuántos pasos hay en cada cuarto de la casa porque con Guillermo los redibujamos hasta que pudimos empezar a comprar la madera para construirla. Hasta hace poco tiempo sabía cuál era y dónde estaba la tabla que rechinaba cuando la pisaban. Ahora ya no oigo eso pero no estoy sola. Mi casa está llena de olor a café, a canela, a orquídeas, rosas y narcisos y por la dirección del viento, el calor o la humedad, cada día uno de esos olores está por encima de los otros.

- Sabés que por eso no salgo -, le digo a la Romelia que está atenta a lo que pienso.

- ¡Que afuera voy a estar perdida! -, le recalco pero ella solo levanta una mano y en gesto de rechazo la deja caer, cansada de pedirme que salga a visitar las casas de mis hijos.

Sentados en la mesa del comedor, todos vinieron a contarme de la partida de cada uno de sus hijos y aunque lo necesitaban, por mala herencia no lloraron pero siempre contaron con mi paciencia, mis oídos y mi atención. Ahora, esos nietos que vienen ya no son ellos, son otros extraños y diferentes a los niños que recuerdo. Aparecen desde un pasado borroso, inundan todo con una bulliciosa y lejana alegría, saludan rápido, exhiben a su abuela a sus amigos como si fuera la pieza rara de un museo olvidado

y cuando se van, le dejan más hondura al silencio.

Y siempre me dejan perdida, enterrada en el laberinto de todo lo que tuvo que pasar para que ellos existieran y con la necesidad de entenderlo de otro modo más claro y transparente.

Las nueras están más enfermas que yo. El reumatismo, la malaria y la diabetes, las tienen acabadas. Dejaron de venir porque decían que no quería hablar con ellas, pero fue porque se cansaron de hablar creyendo que las oía y que me hacía la sorda. Cuando quise quedar bien con ellas les inventaba respuestas pero eso solo sirvió para que se convencieran que estoy loca.

Las tristes son ellas, yo tengo mi vida ocupada -, ¿Verdad Romelia? -.

De niña siempre hablé sola y ahora que todos se fueron lo he vuelto a hacer, pero para mis hijos, sus mujeres y los nietos, soy alguien que habla con fantasmas que solo yo veo. Esos fantasmas que ellos dicen, me ponen atención, es importante lo que digo y por eso hablo más con ellos que con la gente de aquí.

Es frecuente que ellos me digan que nunca veo a las personas que tengo enfrente porque prefiero pensarlas y que ya estoy igual que mi difunto Guillermo. Eso me enoja porque nunca he querido ser como nadie pero si fuera cierto, estoy segura que me pienso como soy porque la que está en el espejo, siempre ha seguido siendo la misma. No recuerdo haberme visto diferente, que alguna vez haya sido otra.

Cuando la Romelia tenía quince años y llegó llorando a decirme que había perdido la virginidad con Raúl, no le dije nada porque estaba tan alterada, que cualquier cosa que me hubiera dicho habría sido mentira pero ella fue quien después calmada, me dijo que había querido que ocurriera porque lo quería.

- Pero te odié porque no te importó lo que me había pasado, porque estaba muerta de miedo y porque ni siquiera se te ocurrió abrazarme -, se quejó la Romelia pero no le respondí.

- Tenés que hacer algo o te mato hijo de puta -, le dije a Raúl, cuando con tres meses de embarazo, la Romelia lo puso frente a mí. No sé por qué lo dije pero ese mismo día Raúl pidió su mano, revelaron el embarazo que no era visible y ese mismo fin de semana, sus padres los casaron bajo la privada sombra de sus casas. Sus padres, el cura, el juez y yo, fuimos los únicos presentes.

Ahora que está muerta, la Romelia sabe que por ponerme a pensar en

cómo ayudarla, fue que no

me di cuenta de su miedo pero mientras estuvo viva, siempre creyó que Raúl se casó con ella por mi amenaza. Si lo hice porque la quería, ahora no es necesario decir nada porque el camino por donde los hechos agarran, es el que todo lo niega o lo confirma. Cuando ella murió era joven y yo la sigo viendo así de linda como era porque los muertos no envejecen.

- Pero por eso es estoy aquí con vos -, dijo la Romelia con calidez, nos sentimos una sola y reímos recordando que nos creíamos un par de brutas que nunca hacían nada bueno pero que al final, salíamos bien libradas de nuestras muladas, pero eso fue hasta cuando la suerte le falló sin remedio porque ya nada se podía enderezar.

Pero al final, todo lo que camina forma la rueda que siempre se encuentra con sus puntas y lo digo porque Martín mi hijo mayor, poco a poco empezó a ser espontáneamente él mismo, a sentirse libre y despreocupado en mi presencia, porque por fin aceptó que la mayor parte del tiempo no oigo lo que dice y que no distingo sus gestos. Ahora eso ya no le preocupa. Cuando me visita le hago café y se sienta o se levanta de la mesa, caminando y hablando de todo sin darse cuenta que ha dejado de dirigirse a mí y que lo que dice se lo está contando a él mismo. Cuando se da cuenta del desenchufe, se acerca y me repite a la cara lo que cree que me tenía que decir pero ya no le importa si no le respondo. Ya nada lo amarra a nada y eso me alegra.

- Igual que vos -, me dice la Romelia, riendo y haciéndole vueltas al aire con el dedo para decirme que está loco. Es el tono de Martín el que me dice si está contento, preocupado o que viene para estar solo en mi compañía. Esas veces, nos gusta ser dos que se acompañan, familiares y a la vez extraños, que se aceptan sin necesidad de estar sacándose cosas de adentro.

- Lo mataron -, repitió otra vez más la Romelia, retomando un cuento suspendido quien sabe desde cuándo.

- Cuando nos casamos, su familia estaba en pleitos legales porque se habían apropiado de la herencia a la que en su mayor parte, Raúl tenía derecho, ¿Te acordás que el juez se la regresó y que todo pasó a ser de mi propiedad? -, me dijo mirando al techo, como si allí estuviera leyendo lo que me decía.

- ¡Idiotas! Para nadie nunca las cosas son como las cree, porque aunque se sospeche que algo se tuerce, nunca vemos cuando frente a nuestros ojos se tejen y agarran otro camino -, decía.

- Romelia, Romelia, dejate de babosadas, los muertos siempre saben toda la verdad -, le dije.

- Vemos lo ocurrido pero no las intenciones, ni las especulaciones ni lo planificado, ni siquiera mi muerte -, dijo y para demostrarlo agregó, - El carro fue sabotado, lo prepararon para que fallara al final de la bajada que da al barranco y aunque sé que fueron los parientes de Raúl, no puedo decirte quién lo hizo porque no vi el momento en que lo hacía -.

Libre de emociones y de lo fútil de las preocupaciones de la vida, la Romelia rió con ganas de sus tragedias.

- Nadie imaginó que mi hijo iba ser el dueño de todas las posesiones de esa familia -, agregó con venganza satisfecha y sin parar de reír.

- ¿Lo has visto? -, le pregunté.

- No, él no me busca como lo hacés vos, cuando se muera lo voy a ver -, afirmó sin dudas.

Silbó la cafetera y por error usé una cuchara diferente y el café resultó ácido y amargo.

- Guillermo no se equivocaba, nunca tomó café si no lo preparaba con la misma cuchara y en la misma taza de siempre -, le dije a la Romelia.

- ¡Para que no se perdieran las proporciones! -, le aclaré a su cara confundida.

- Sí, si -, reconoció, - Él era pulcro, con algunas cosas -, agregó socarrona.

Desde su silla en la esquina de siempre, Guillermo se enderezó, me miró, levantó una ceja e hizo un gesto hacia la Romelia para señalar lo de "algunas cosas". Guillermo casi nunca habla pero sabe mostrarme las cosas en las que me debo fijar.

- Cuando te lo presenté, Guillermo se acostaba con la Gloria -, dijo pensativa la Romelia.

- ¡La muerta sigue chismosa! -, le reclamé avinagrada.

- ¡No la jodás, soy tu amiga! -, se defendió.

- Sabías que era su amante y aun así dejaste que te coqueteara -, me acusó.

- Nunca mostró sus intenciones y yo no tenía ninguna -, le aclaré defendiéndome.

Quedé viendo a Guillermo y él asintió con grave seriedad.

- Abandonó a esa Gloria, dejó de verla y se quedó a mi lado sin pedirme ni esperar nada -, le remarqué una vez más para que le quedara claro.

- Solo te quiero respirar, me decía, ¿Verdad Guillermo? -, le pregunté.

Guillermo siguió siendo igual después de muerto. Si no le gusta lo que digo o siente agresivo el ambiente, se desvanece y reaparece tranquilo con su sonrisa triste cuando menos lo espero. Cuando quiere decirme algo, señala algún objeto y de inmediato sé de qué se trata.

Cuando mira un segundo de más, el retrato que me pintó Elías, sé que está celoso. Cuando posé para él, todo ese tiempo Guillermo sufrió en silencio. Yo sabía lo que sentía. Sentía que estaba más desnuda posando que frente a él y que con eso lo traicionaba. No quise evitarlo porque deseaba esa pintura y después la utilicé cuando quería alejarlo. A propósito me quedaba viéndola de cerca hasta que se despertaban sus celos y su cólera, para que refunfuñando saliera de la casa.

Ahora es él quien ve la pintura cuando quiere provocarme culpas. Ahora sabe lo que en verdad ocurrió porque está muerto. De eso no hay nada más que hablar. La muerte lo aplana todo. Sabe que con Elías compartimos un reprimido coqueteo de caricias intrascendentes pero le gusta imaginar que está vivo y me pincha con eso porque quiere que siga pendiente de él.

Lo central es que caminamos juntos el camino de su vida y él sabe que pensar en él, es lo que lo mantiene cerca de mí. Igual que a la Romelia.

- Traigo tu pasaporte conmigo por si cambiás de parecer -, me dijo mi padre cuando me llevaba a la iglesia para la boda y me demostró que no lo decía porque rechazaba a Guillermo.

- No te jodás vos misma, vos no naciste para casarte, naciste para vivir con vos, si querés te llevo al aeropuerto -, me dijo cuándo lo quedé viendo sorprendida.

Inusualmente y saliendo de su mutismo, con una voz muy baja, casi susurro, Guillermo habló.

- Pero él y tu madre sí que se jodieron, se jodieron con eso -, repitió riéndose sin ruidos.

- Tal vez porque yo te lo presenté y porque Guillermo era mi amigo, es que ahora nos podemos seguir viendo -, dijo la Romelia pensativa.

- Si le hubieras hecho caso a tu padre, seguramente no estaríamos platicando -, afirmó.

- Y eso se quedará en el saco de los "quien sabe" -, la corté deteniendo sus suposiciones.

Acostumbrarme tanto a Guillermo fue lo que me llevó a casarme con él. No quería abandonar ese relajado estar juntos, plácido y sin sobresaltos y ya casados, no tuvimos sexo hasta que un año después que lo hicimos sin estallidos ni bengalas, fue seguido de mi primer embarazo.

Nunca necesité de ruidos para crearme feliz.

- Porque a nuestro modo sí lo fuimos ¿Verdad Guillermo? -.

Los gestos sencillos muestran más profundidad que chorros de palabras. Enfrentar emociones y ahora recordarlas, a Guillermo lo sigue haciendo trastabillar. Me miró, se revolvió en su silla, se levantó, se acercó al platero y tomó una vieja pipa que nunca encendió. Metió su dedo en el cazo, lo giró, miró la punta de su dedo, frotó la pipa contra su camisa y se la guardó en el bolsillo mirándome con ojos brillantes.

Yo no necesito más expresividad que esa. Eso me ató a él.

Guillermo se desvaneció y la pipa apareció en su lugar de siempre.

- Fueron un par de locos pendejos que creían que le importaban a los demás ¡No tenían que romper con todo el mundo para estar solos! Siempre creí que tus hijos nacieron por generación espontánea o que tu vecino había ayudado porque nunca los vi dándose un beso -, comentó la Romelia.

- No todas somos desbordadas ni descaradas -, riposté y de inmediato me arrepentí porque ante quien lo quería oír, la familia de Raúl la acusaba de ser una infiel casquivana de cascos ligeros.

- Se me salió -, me disculpé juntando las palmas para pedirle perdón.

Ella se rió, yo la secundé y en plan de abierta diversión, - ¡Putas del pueblo! -, le grité, repitiendo el mote que le habían encasquetado y nos seguimos riendo.

- ¡Lesbiana, machorra retardada! -, me dijo la Romelia para vengarse con lo que algunos viejos del pueblo todavía siguen diciendo de mí y

todavía riéndome me fui a mi cuarto y me dormí de inmediato.

A las cinco de la mañana desperté, rápido salí de la cama, me deshice de mi camisón de dormir y desnuda bajo el marco de la puerta del cuarto, me frené. Supe que se había producido un error. Que no es así como se empieza el día. Regresé, recogí la bata del suelo, me la puse, anudé el cinturón, me metí de nuevo a la cama, me cubrí con la frazada y repasé el orden de los movimientos que se deben ejecutar.

Cuando no sigo los pasos, es seguro que algo desagradable ocurre.

Debo tirar la bata al suelo cuando regreso de encender el calentador y ya he puesto a hervir el agua para el café y con el brasier y mi calzón en la mano, es cuando estoy lista para entrar al baño, me repetí una vez más. La cafetera silbará cuando esté terminando de vestirme y en ése momento, estaré lista para llenar otro día con mi vida o para desmoronarle otro pedazo porque tal vez todo esté pasando al revés.

- ¡Deberías olvidarte de los ritos! -, gritó la Romelia desde algún rincón de la casa. - ¡Para eso me tenés a mí! -.

La vez que chistosa apareció en pelotas dentro del baño conmigo, fue la única vez que contra ella de veras me enfurecí, porque me regresó a la noche cuando volvimos borrachas de una fiesta y amanecimos desnudas en mi cama. Pasó algo que nos avergonzaba porque ninguna preguntó. Es siempre un recuerdo desagradable que me dispara y que nunca sé cómo encarar.

- Por lo menos viviste una emoción que te hizo saber que las tenías -, dijo la Romelia sin que la viera.

Estaba sentada en el comedor y la miré con rabia. Ella levantó las manos mostrando las palmas para contener mi enojo. Me tomé más tiempo para hacer mi café, me senté frente a ella y agaché la cabeza porque no la quería ver, pero la muerta pasividad de la Romelia que todo lo convierte en absolutos sin futuro ni retrocesos, me ha hecho reconocer lo innecesario de cargar con enojos. El lugar del enojo perdido se llenó con otro recuerdo que llegó con otras rebeldes emociones.

Recordé los escalofríos que me desarmaban cuando quien sabe por qué, me dio por revivir el momento del beso de José que me volvía presente lo ansioso, lo perentorio y lo irreprimible de su deseo, en el que por un ardoroso momento me enganchó. Me asombró darme cuenta que por mí, nunca nadie se había atrevido a ese arrojado acto, a ese salto al vacío sin red de seguridad y pensé que eso era amor y que yo, aunque fuera por un ratito, lo había tenido, que el amor había sido mío. Por eso fue que lo busqué y me acosté con él, pero mejor hubiera sido quedarme solo con el

recuerdo del primer beso.

Desagrada vivir rechazando emociones que sin permisos brotan. Siempre he aplastado ese recuerdo para que ni en vida ni en muerte, Guillermo ni la Romelia supieran mi infidelidad. Después cuando veía a José, nunca pude volver a mirarlo de frente porque de cómplice de un tierno secreto, lo había convertido en secuaz de una fechoría.

La muerte de Raúl no me impactó más que el indescifrable mutismo en el que se enterró la

Romelia. Conmueve que a la gente la reviente el dolor y tal vez por lo violento es que más rápido pasa, pero la Romelia no demostró nada, nada, solamente se cerró. De piedra se volvió. Cuando volvió a hablar me pidió que nunca me refiriera a esa muerte y por eso nunca supe cómo había sido su dolor ni su profundidad. Todavía ahora no me atrevo a pensarlo para que no sepa que es una pregunta siempre colgada en mi cabeza, pero también por eso fue que me propuse no sentir su muerte. Ahora sé que tuve razón porque nunca se fue. Conmigo se quedó.

- ¿Qué? -, reaccionó la Romelia como si la hubiera rozado la electricidad de mi pensamiento.

- No es con vos, metiche -, le contesté y me quedó viendo de lado, sospechando algo que flotaba.

A la Romelia la entendí mejor cuando Guillermo murió. No quise volver a hablar con nadie y tuve que aguantar vigilancias, preguntas sin fin y el cerco que mis hijos y sus mujeres me pusieron durante un largo tiempo, porque estaban seguros que adentro se me había quebrado algo. Por mucho tiempo tuve a alguien cerca que no dejaba de atravesarme con la mirada y resistí hasta lograr que me dejaran en paz.

Ese amanecer, Guillermo boca arriba y los ojos cerrados, tenía la cara de un niño al borde de la sonrisa. Darme cuenta de eso me provocó ternura y no resistí el impulso de besarlo.

Así fue que me di cuenta que por fin había terminado de morir. De golpe me di cuenta que lo blando, terso y tibio de su carne, junto con su olor a Guillermo, habían desaparecido.

Desde hacía algunos años actuaba como si quisiera desvanecerse. Todo lo que hacía, fuera hablar, moverse, comer o estarse quieto, eran esfuerzos por evaporarse. Dejó que de querer tener la razón sobre cualquier cosa, decía que no le importaba tener alguna y que ya no quería ser dueño de ninguna, como si al quitárselas todas, entre ellas se escapara la que se necesita para vivir. Nada obsesivo, tortuoso ni retorcido. Sólo un apacible y lacio deseo que simplemente esperaba se cumpliera. Le gustaba ver fija

y bondadosamente a todos cuando le hablaban. Trataba de adivinar intenciones y lo que sentían en ese momento porque estaba obcecado en descubrir como si fuera una chispa visible, el extraño ímpetu que empuja a la gente a quemar tantas energías en tantas pendejadas.

Su interés empezó a ser incómodo y todos huían cuando él se acercaba. Terminó solo y mudo.

Mi silencio no empezó por la sordera ni por perder la vista, fue el contagio que le pesqué a él.

- Él la agarró con los demás y vos con vos misma. Te has estado arañando, repasando y tallando desde hace años y todavía no lográs terminar de alisar las arrugas de tu viejo y único papel ¿Verdad? -, me dijo la Romelia.

No era entendible lo que decía pero sí el sentido de lo que pretendía decir, me gustó, me hizo reír.

- Eso es bueno porque pronto nos reuniremos -, agregó.

- ¿Quiénes? -, pregunté.

- Todos, tus padres, tus hermanos, José, Guillermo, Raúl, todos. Solo faltás vos. Verás lo lindo que es deslizarse sin tiempos, sin pesos ni secretos - dijo sonriente.

- ¿Cuándo? -, balbuceé.

- Mañana al amanecer -, me dijo plena de un cariñoso afecto que por los poros desbordaba.

- Comprender la muerte es poder ver tu vida como la ficción que inventaste y en la que solo vos podías creer. ¿Y morir? Morir solo es el clic que la cancela -.

Quién sabe por qué motivo, algo parecido a eso había dicho alguna vez la Romelia.

Que José fuera de los que esperaban, me dijo que ella y Guillermo, finalmente se iban a enterar y me pregunté si eso iba a llegar a ser una conmoción o si la última era la de este aviso que me hacía ver por última vez, el atrás que nunca más recordaría y que quien sabe dónde quedaría de mi vida.

Álvaro Amaya G., Guatemala, Abril, 2020.- (Muerte en tiempos de

peste).-

**Subido a: www.megustaescribir.com el 27 de Mayo de 2020.
Actualiz.20 Jun.2020.-Foto gratis Pixabay**